

Isaías 61:10 – 62:3

Isaías 61:10 - 62:3 Navidad 2, 1997

10 En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas. 11 Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová el Señor hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones.

1 Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha. 2 Entonces verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y te será puesto un nombre nuevo, que la boca de Jehová nombrará. 3 Y serás corona de gloria en la mano de Jehová, y diadema de reino en la mano del Dios tuyo. RVR

En este doceavo día de Navidad, un día antes de la Epifanía, qué magnífico texto para reunir los temas de la Navidad y la Epifanía. Aquí tenemos el gozo en nuestra salvación que anunciaron los ángeles en los campos de Belén a los pastores. Aquí tenemos el anuncio de la voluntad de Dios de que estas noticias salgan y sean oídas por gentiles y reyes. Tenemos la voluntad salvadora de Dios y el cántico de alabanza de la iglesia redimida por aquél que nació en Belén. Nos exhorta un bien conocido himno de Navidad, “Al mundo gozo proclamad”, y nuestro texto nos recuerda que esta actitud y alabanza es totalmente bíblica. Basándonos, entonces, en esta profecía de Isaías, meditemos en el tema: Celebremos una segura salvación.

Nuestra salvación es segura. Descansa sobre un firme propósito de Dios. Dios mismo habla a través del profeta Isaías para asegurar a su pueblo del Antiguo Testamento, cuando estarían en el exilio, que volvería a tener piedad de ellos, que produciría para ellos una gran salvación.

El motivo de esta promesa es el gran amor de Dios por su pueblo. “Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré.” No es porque el pueblo lo merece. No es porque han hecho algo para que Dios tenga que responderles. Es de su pura gracia para con el pueblo que es la simiente de Abraham, es en cumplimiento de las promesas que Dios ha hecho desde la antigüedad de mandar a un Salvador a este pueblo. Dios no permitirá que esta promesa se caiga a tierra sin cumplirse. Ni siquiera la infidelidad de la gran masa del pueblo, que ha movido a Dios a castigarlos severamente con el destierro y la

pérdida de la ciudad de Jerusalén y Sión, pudo hacer a Dios desistir de cumplir sus grandes promesas. Por eso preservó un remanente del pueblo aun durante el exilio y los volvió a llevar a Jerusalén y Judea. Y el medio de preservación fue precisamente gloriosas promesas como las que tenemos en nuestro texto.

Dios asegura a su pueblo que no callará, no descansará. O sea, no escatimará fuerzas. Dios no dejará ningún detalle sin cumplirse que atenga a la salvación de su pueblo. Sabemos un poco de cómo la historia de la Navidad ilustra eso. Aun un emperador pagano en Roma tuvo que hacer cumplir la voluntad de Dios, al ordenar un censo que obligaba a María y José a viajar a Belén. Los mismos cielos tenían que servir para guiar a unos magos del Oriente al lecho de su Salvador. Ángeles tuvieron que proclamar en cánticos de alabanzas las “buenas nuevas de gran gozo que será para todo el pueblo”.

El mismo nacimiento de Cristo lo ilustra. Cuando consideramos qué significa que Dios mismo, el Creador de todo, el eterno y todopoderoso, por amor a nosotros los hombres se hizo hombre, tenemos una clara garantía de que Dios realmente no dejará nada sin hacerse para redimir a la humanidad perdida y proveer una segura salvación. Cuando consideramos que el que fue el santo e inocente tomó sobre sus santos hombros toda la carga de nuestro pecado, y sufrió la muerte de un criminal por nuestros delitos y pecados, tenemos que estar convencidos: Es cierto, Dios no dejó nada sin hacerse que fuera necesario para nuestra salvación y la salvación de todos. Realmente, Dios no calló, aunque por siglos parecía hacerlo, y no descansó, aunque parecía que no estaba activo por generaciones.

¿Y cuáles eran las grandes metas por las cuales Dios se esforzaba tanto? En primer lugar: “hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha”. Dios quiere que salga como resplandor su justicia. Esta no es la justicia con que Dios condena al pecador conforme a las amenazas de la ley. Más bien es la justicia de la que habló San Pablo en Romanos 3:21-22: “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios atestiguada por la Ley y los Profetas. Esta es la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen”, Es la justicia de Dios con la cual declara justo al pecador por los méritos de aquel Cristo cuyo nacimiento celebramos en estos días y cuya muerte fue a causa de nuestros pecados, y su resurrección a causa de nuestra justificación. El que esta es la justicia de que habla en este versículo es evidente cuando habla del firme propósito de Dios de que su “salvación se encienda como una antorcha”. Esta justicia quiere decir la salvación. Rescata de la muerte y la desgracia, libra de Satanás y el pecado, vence la muerte. Todo

esto Dios lo ha hecho en Jesucristo, aquel bebido que nació en Belén para morir en el Gólgota.

Pero Dios no está contento siquiera con solamente establecer la justicia y la salvación. Quiere que sea publicado. Por tanto tampoco descansará hasta que “las gentes” vean “tu justicia, y todos los reyes tu gloria”. Es decir, Dios hará evidente aun a los gentiles y los reyes la gloria que pertenece a la iglesia como los redimidos de Jesucristo. En el mundo frecuentemente no parece así. Sin embargo, aun ahora Dios a veces impresiona a las conciencias de los del mundo con el hecho de que los creyentes realmente son el pueblo sumamente favorecido de Dios. Y al final será evidente a todos la verdadera gloria del pueblo de Dios. Como dice también San Juan en su carta: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Pero sabemos que cuando él sea manifestado, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”. Y Pablo dice en Romanos 8: “Porque considero que los padecimientos del tiempo presente no son dignos de comparar con la gloria que pronto nos ha de ser revelada”. Y en Colosenses exclama: “Y cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria”.

Dios no descansará tampoco hasta que dé un nuevo nombre a su pueblo. “Y te será puesto un nombre nuevo”. Sión, el pueblo redimido de Dios, tendrá un nuevo nombre. Este nombre es también un nombre de salvación, y es Dios mismo quien da este nombre. En el versículo después de nuestro texto nos da algunos de los nombres que Dios mismo da a su pueblo redimido: “Nunca más te llamarán Desamparada; ni se dirá más de tu tierra, Desolada. Serás llamada Mi Deleite, y tu tierra, Desposada; porque Jehovah se deleita en ti, y tu tierra será desposada.” Y en el versículo 12 resume todo con “Entonces les llamarán Pueblo Santo, Redimidos de Jehovah. Y a ti te llamarán Buscada, Ciudad No Desamparada”. Estos nombres también revelan la gracia y la misericordia del Señor. Han sido desolados, desamparados, por su propio pecado y rebelión. Pero en su pura gracia, por causa de Cristo, Dios los acepta, se deleita en ellos, los redime, los hace su esposa.

Y es en esto precisamente que Dios es especialmente glorificado. Dios no descansará hasta que sean “corona de gloria en la mano de Jehová, y diadema de reino en la mano del Dios tuyo”. Esta corona real, esta corona de gloria es la iglesia. August Pieper en su comentario dice: “En esta imagen es la iglesia que se retrata como la obra más preciosa y gloriosa del Señor, su obra maestra, en comparación con la cual cielo y tierra, que pasarán, son como nada”.

Amigos, el nacimiento de Cristo en Belén, el cántico de los ángeles, es la segura prenda de que Dios, que no descansó hasta producir esa gran obra de su gracia, tampoco se aflojará ahora hasta que todo sea cumplido. El niño de Belén nos asegura que realmente la justicia y la salvación brillan sobre nosotros también ahora. En la Epifanía los primeros de los prominentes gentiles llegaron a ver a su Salvador. Simeón lo aclamó como “luz para los gentiles y gloria de su pueblo Israel. ¿Puede haber duda ahora si Dios realmente ha querido nuestra salvación? ¿Podemos pensar que tal vez algo todavía falte? No duden. Más bien crean que la justicia revelada en Cristo es también justicia para ustedes, la justicia que necesitan para estar entre el pueblo de Dios, y también podrán unirse en el cántico de alabanza de la primera parte de nuestro texto.

“En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas”. Cada individuo que oye las buenas nuevas de un Salvador que los ángeles proclamaron en Belén, debe también hacer suya esta canción.

“Me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia”. Cristo, el santo niño de Belén, aceptó nuestra pobreza y la semejanza de los hombres pecadores para redimir a los pecadores. Y como ya pagó el precio completo de nuestra redención con su muerte en la cruz, ahora viste a nosotros los pecadores con el manto de su propia justicia. Aunque éramos pecadores y por tanto hijos de ira, manchados y sucios por nuestras transgresiones, Dios mismo nos ha puesto una cubierta. Y no es ningún trapo pobre. Es la más elegante vestidura. como vestidura y joyas de bodas. “Tu sangre, oh Cristo, y tu justicia, mi gloria y hermosura son. Feliz me acerco al Padre eterno, Vestido así de salvación”.

En el profeta Zacarías tenemos una imagen gráfica de lo que significa la justificación del pecador, usando la misma imagen. “Después me mostró a Josué, el sumo sacerdote, el cual estaba delante del ángel de Jehovah; y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle. Jehovah dijo a Satanás: -Jehovah te reprenda, oh Satanás. Jehovah, quien ha escogido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del fuego? Josué estaba delante del ángel, vestido con vestiduras sucias. Entonces el ángel habló y ordenó a los que estaban delante de él, diciendo: -Quitadle esas vestiduras sucias. -Y a Josué dijo:- Mira que he quitado de ti tu iniquidad y te visto con ropa de gala”. Esa ropa de gala no es otra cosa que Cristo mismo con su perfecta justicia, la justicia que vale delante de Dios aun en el día del juicio. “Así que, todos sois hijos de Dios por medio de la fe en

Cristo Jesús, porque todos los que fuisteis bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo”.

Sin esa ropa no hay nada sino muerte y condenación. Jesús una vez contó una parábola acerca de una gran cena de bodas, a la cual el rey invitó a toda clase de gente. Pero notando que uno no estaba vestido de manera apropiada para una boda, le dijo: “‘Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin llevar ropa de bodas?’ Pero él quedó mudo. Entonces el rey dijo a los que servían: ‘Atadle los pies y las manos y echadle en las tinieblas de afuera.’ Allí habrá llanto y crujir de dientes; porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos”. Sin la fe en este Salvador nos quedamos vestidos en nuestros pecados, y el Señor no se puede deleitar en nosotros, sino tiene que echarnos de su presencia para siempre. Pero con este manto de justicia, esta vestidura de salvación que es el mérito de la vida perfecta de Cristo y de su sufrimiento y muerte, el Señor mismo nos recibe y nos honra y nos exalta a la más suprema gloria. ¿Quién no se prorrumpirá en gozo para cantar las alabanzas de aquel que nos vistió así de salvación?

“Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová el Señor hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones”. En Génesis Dios dio un poder y una función a la tierra. “‘Produzca la tierra hierba, plantas que den semilla y árboles frutales que den fruto, según su especie, cuya semilla esté en él, sobre la tierra.’ Y fue así”. Aun después del diluvio repitió a la humanidad la misericordiosa promesa: “Mientras exista la tierra, no cesarán la siembra y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche”. Y no ha fallado esa promesa. Al hacer la comparación de nuestro pasaje, Dios quiere que su pueblo descorazonado tenga la misma seguridad de que Dios llenará la tierra con su justicia salvadora.

Con la venida y la obra de Cristo esto ya está cumplido. “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta sus transgresiones”. Tenemos toda la razón para responder con alabanza. Oh, que pudiéramos responder aun un poco en la medida que sería apropiado para tan gran salvación. Ya no habría lugar para la tristeza y la congoja. Ya no estaríamos tan letárgicos y lentos para vivir solamente por aquel que nos ha redimido de todo mal. El espíritu de la Navidad llenaría no una pequeña estación, sino toda nuestra vida. Lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo sería nuestro tema constante. Arriba, alma mía. Cante y gócese. Celebremos, hermanos, una segura salvación. Que cada uno haga suyo el glorioso cántico de nuestro texto: “En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a

novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas”.
Amén.